

UNIOESTE - UNIVERSIDADE ESTADUAL DO OESTE DO PARANÁ
CCHS - CENTRO DE CIÊNCIAS HUMANAS E SOCIAIS
CAMPUS DE TOLEDO

Tempo da Ciência

Volume 17 Número 33 1º semestre 2010

**EDUNIOESTE
CASCAVEL
2010**

Universidade Estadual do Oeste do Paraná – UNIOESTE

REITOR

Alcibiades Luiz Orlando

VICE-REITOR

Benedito Martins Gomes

PRÓ-REITORA DE PESQUISA E PÓS-GRADUAÇÃO

Fabiana Scarparo Naufel

DIRETOR DO CAMPUS DE TOLEDO

José Dilson Silva de Oliveira

DIRETOR DO CCHS – CENTRO DE CIÊNCIAS HUMANAS E SOCIAIS/CAMPUS DE TOLEDO

Osmir Dombrowski

Tempo da Ciência

Revista de Ciências Sociais e Humanas

EDITOR CIENTÍFICO

Antonio Pimentel Pontes Filho
Tarcílio Ciotta

CO-EDITOR CIENTÍFICO

Roberto Biscoli

CONSELHO EDITORIAL - TEMPO DA CIÊNCIA

Osmir Dombrowski – Presidente
Arlei de Espindola
Ernelo Schallenger
José Luiz Ames
Luis César Yanzer Portela
Miguel Ângelo Lazzaretti
Antonio Pimentel Pontes Filho
Roberto Biscoli
Tarcílio Ciotta

CONSELHO CONSULTIVO

Adriano Correia - UFGO, Ana Cleide Chiarotti Cesário - UEL, Andrea Luisa Bucchile Faggion - UEM, Antonio Edmilson Paschoal - PUCPR, Antonio Pimentel Pontes Filho - UNIOESTE, Aylton Barbieri Durão - UEL, Bernardo Alfredo Mayta Sakamoto - Unioeste, Carla Cecília Rodrigues Almeida - UEM, Celso Antonio Fávero - UNEB, Clodomiro José Bannwart Júnior - UEL, Daniel Omar Perez - PUC-PR, Edmilson Alves de Azevedo - UFPB, Eliane Christina de Souza - UFSCAR, Evaldo Mendes da Silva - UFAL, Eric Sabourin - CIRAD/França, Ernelo Schallenger - Unioeste, Fábio Lopes Alves - UNIOESTE, Flávio Rocha de Oliveira - FESPSP, Gustavo Biasoli Alves - Unioeste, Horacio Luján Martínez - Unioeste, Hugo José Rhoden - Unioeste, Ilzei Luciana Fiorelli Silva - UEL, João Virgílio Tagliavini - UFSCar, José Nicolau Heck - UFG / UCG / PUC-RS, José Fernandes Weber - UEL, Leonilde Servolo de Medeiros - UFRRJ, Márcio Ghizzo - UFTPR, Marco Antonio Valentim - UFPR, Maria Isabel Formoso Cardoso e Silva Batista - Unioeste, Miguel Ângelo Lazzaretti - Unioeste, Oscar Calavia Sáez - UFSC, Osmir Dombrowski - Unioeste, Otávio Velho - UFRJ, Roberto Biscoli - UNIOESTE, René E. Gertz - PUCRS e UFRGS, Riberti de Almeida Felisbino - UNITINS, Ricardo Cid Fernandes - UFPR, Sidney Jard da Silva - UFABC, Wagner Pralon Mancuso - USP, Yonissa Marmitt Wadi - Unioeste
Tarcílio Ciotta - Unioeste

SECRETARIA DOS CONSELHOS

Carlos Eduardo Bão

Sumário

APRESENTAÇÃO	7
ARTIGOS	
Travesía Fluvial y Reducciones Jesuíticas En La Ribera Del Río Uruguay	9
<i>Angela Sanchez Negrette</i>	
La evangelización jesuítica en el Valle Calchaquí. Hacia la idealización de un nuevo hábitat jesuítico-calchaquí	25
<i>Carlos A. Page</i>	
Católicos de todo nação, uní-vos! – o catolicismo político no Brasil (1890-1934)	57
<i>Carlos Eduardo Pinto Procópio</i>	
A colaboração intergovernamental por meio de convênios para a educação no contexto da municipalização do ensino fundamental no estado do Paraná	71
<i>Danielle Cristina de Brito Mendes</i> <i>Rosana Maria Oliveira Gemaque</i>	
A etnicidade e comunidades estéticas: fronteiras culturais no espaço da colonização do sul do Brasil	89
<i>Erneldo Schallenberger</i>	
A relação indivíduo-sociedade nas obras de Pierre Bourdieu e de Norbert Elias	III
<i>Luis Afonso Salturi</i>	
Representações do espaço na narrativa Jesuítica na capitania do Rio Grande, séculos XVI-XVIII	123
<i>Maria Emilia Monteiro Porto</i>	
A liberdade como não dominação de Philip Pettit e o liberalismo Igualtário de John Rawls	141
<i>Marla Lígia Ganacim Granado Rodrigues Elias</i>	

La evangelización jesuítica en el Valle Calchaquí. Hacia la Idealización de un nuevo hábitat jesuítico-calchaquí

Carlos A. Page¹

RESUMEN: Este trabajo pretende señalar la ocupación del suelo en un amplio sector del noroeste argentino habitado por los calchaquíes, en el momento en que irrumpen los jesuitas en el sector. Lo hicieron a través de sus tradicionales misiones volantes, donde las etnias del Valle tomaron una posición dubitativa frente a la avanzada evangelizadora, resaltando el particular recibimiento que tienen los hijos de Ignacio en sus tierras. Si bien los indios rechazan las nuevas ideas religiosas, terminaron aceptando a los jesuitas como un refugio para evitar conflagraciones con los conquistadores. Mientras que los jesuitas, en una actitud permisiva, priorizaron salvar vidas con un bautismo que ante todo los defendía de la esclavitud o la muerte. En medio de este contexto los religiosos fueron ocupando y levantando espacios propios para construir una salvación que, además de incluir sus almas, contradecía el sistema imperante, por tanto no quedaban muchas alternativas. Pero el clima de ambición e intolerancia hispana produjo tres grandes enfrentamientos armados que terminaron rompiendo los avances logrados al crearse dos incipientes reducciones. Fue tiempo en que la esperanza se transformó en tragedia.

PALABRAS CLAVES: Jesuitas – Calchaquíes - Evangelización – Arquitectura y urbanismo

ABSTRACT: This paper tries to show the land use in a wide sector of northwestern Argentina inhabited by calchaquíes, at the time that break the Jesuits in the sector. They did so through their traditional flying missions, where the ethnic groups in the Valley took a stand against the advanced hesitant evangelizing, highlighting the particular reception with the children of Ignacio on their land. While the Indians reject the new religious ideas, ended up accepting the Jesuits as a refuge to avoid conflagrations with the conquerors. While the Jesuits, in a permissive attitude, they prioritized saving lives with a baptism which primarily defended from slavery or death. Amidst this context of religious spaces were occupied and lifting themselves to build a salvation which also include their souls, contradicted the prevailing system, so there were many alternatives. But the climate of greed and intolerance produced three major Hispanic fighting ended breaking progress with the creation of two incipient reductions. It was time when hope turned into tragedy.

KEYWORDS: Jesuits - Calchaquíes - Evangelism - Architecture and Urban Planning

1. LAS PRIMERAS ENTRADAS CON UN PLAN DE EVANGELIZACIÓN

En tiempos que la región del Tucumán era asistida por los jesuitas de la provincia del Perú, se habían realizado las primeras expediciones entre los calchaquíes². Fue por el año 1586 cuando se narra sobre el primer contacto de los jesuitas que ingresaron al territorio, durante el gobierno de don Juan Ramírez de Velazco (EGAÑA, 1966 (VI), p. 268-276). Lo concretaron el P. superior Juan Font, junto al P. Francisco de Angulo por el Bermejo, mientras que los PP. Pedro de Añasco y Alonso de Barzana³ hicieron lo propio por los pueblos de indios ubicados entre Santiago del Estero y Tucumán (EGAÑA, 1966 (V), p. 383). Efectivamente en una carta que escribe al rey el gobernador, manifiesta que en ese año Barzana *"ha andado siempre fuera entre los naturales y en seis meses me han certificado ha bautizado más de cuatro mil personas y casado a más de tres mil"* (FURLONG, 1968, p. 41). Pero sólo se acercó a la frontera de los calchaquíes, lo que debe haberle despertado interés su evangelización al saberse de un número muy importante de personas afincadas en el valle donde habitaban.

Fue entonces en la campaña de *"conquista y persuasión"* de los calchaquíes, que emprendió este gobernador en 1588, cuando el P. Barzana tuvo oportunidad de acercarse a ellos en calidad de capellán. La expedición la encabezó el mandatario con 100 hombres y 600 indios flecheros, quienes contaban con 500 caballos. Pasó de Salta a Chicoana y Angastaco (FURLONG, 1968, p. 43 u LEVILLIER (II) 1928, p. 206). Los motivos de esta invasión se justificaban sobradamente para los españoles, ya que la nación calchaquí había forzado el despoblamiento de Cañete en Tucumán y Córdoba del Calchaquí junto a Londres en Catamarca en 1562, amenazando a la ciudad de Salta. El encuentro no tuvo en principio mayores resistencias; unos se rendían y otros simplemente huían. Pero los primeros también fingían, a los efectos de sumarse a este ejército y poder vengarse frente a sus enemigos. Y así lo hicieron, cuando adelantados del ejército español, arrasaron con un pueblo de antiguos enemigos. Gran pesar causó en Barzana que no pudo contener la antipatía de los calchaquíes, pero pudo predicarles en su lengua y dejar el camino abierto para otros misioneros, regresando a Santiago del Estero donde era superior el P. Angulo (LOZANO, 1750, pp. 46 a 50). El cabildo de Tucumán se regocijó ante el rey pidiendo la continuidad en el cargo del mandatario, quien anunciaba una nueva entrada a Londres en busca de un supuesto tesoro, pero también reconocía el estado en que habían quedado los habitantes del valle *"son pobres y gente desnuda que no tienen más de unas plumas con que cobijan"*, ni alimentos para sobrevivir (IAIMES FREYTES, 1914, p. 225).

Luego que Barzana se encaminó hacia los lules, entró solo en Calchaquí el P. Juan Font⁴, designado superior entre 1590 y 1593 en reemplazo del P. Angulo,

quien venía de visitar los frentones del Bermejo. El P. Font bautizó en el Valle a todos los párvulos de cinco poblaciones⁵. Una nueva expedición se encaminó en 1592 encabezada por el P. Zúñiga, acompañado por los PP. Romero, Lorenzana, Viana, Monroy y el H. del Aguila (EGAÑA (V) 1966, p. 384).

Con respecto a la lengua de los calchaquíes creemos que el P. Barzana fue el primero que la estudia⁶, ya que en una carta que envió en 1592 al provincial Arriaga, y se transcribe en la Anua de 1594, dice que se encontraba realizando vocabularios de varias lenguas, entre ellas la de calchaquí donde *"confessava ya y predicava en ella"* (EGAÑA (V) 1966, p. 390). El P. Arriaga por su parte informó que los PP. Añasco y Barzana estaban en 1593 componiendo el vocabulario de cinco lenguas, entre las cuales se encontraba ésta de los calchaquíes⁷, más otra que era la general que se hablaba en Santiago del Estero y el valle de Catamarca, en Londres y todo el Valle Calchaquí. Se refiere al quichua, pero entre los calchaquíes se hablaba el cacán, desplazada con el tiempo por aquella y finalmente desaparecida (EGAÑA (V) 1966, p. 386).

Cuando entró al Tucumán el P. Romero en 1593 salieron de Salta rumbo a Esteco y fueron a los omaguacas (Jujuy). Luego se encontraron con los PP. Añasco y Barzana que estaban por el Bermejo y fueron al Valle Calchaquí *"que es de mucha gente y muy capaz, a lo que puedo entender de algunos que he visto, gentes de grandes cuerpos, que para hablarlos yo he menester levantar la cabeza. Traen los cavellos muy largos, que nunca los cortan, y los vestidos hasta casi los pies"* (EGAÑA (V) 1966, p. 386).

Muy compenetrado con esta cultura, Barzana escribió una relación de un alzamiento calchaquí en 1589, que se desconoce su paradero⁸. No obstante la anua de 1597 da cuenta de lo acontecido, expresando que la guerra concluyó *"con la muerte de muchos indios, y captivos otros muchos; con todo dizen que no quedan en paz"*, explicando que la causa de aquella guerra se desencadenó porque los calchaquíes *"aver muerto unos españoles y entre ellos un religioso, porque les ivan a sacar indios para su servicio, los quales por defenderse de los indios, se recogieron a la iglesia del pueblo (Calchaquí) y allí, pegándole fuego, los abrazaron"* (EGAÑA, 1966 (VI) p. 414).

El P. superior Romero y el P. Gaspar de Monroy⁹ salieron de Córdoba con destino al Valle Calchaquí en 1601 (EGAÑA, 1966 (IV) pp. 184-187), dejando en la recientemente fundada casa al P. Juan Darío. Su última parada fue Salta donde los esperaba el P. Hernando de Monroy a quien se lo destinó a los lules.

Por otra parte, en el valle poseía una encomienda don Juan de Abreu y Figueroa, vecino de Salta, que tenía buena relación con los indios. Él mismo acompañó a los PP. al Valle, junto con algunos indios que sirvieron de intérpretes. Con esta ayuda, el P. Romero pudo componer un catecismo y algunas pláticas. Primeramente llegaron a un pueblo de 80 habitantes, muchos ya bautizados años

atrás, seguramente por Barzana. De allí pasaron al pueblo del cacique don Francisco quien les franqueó los pasos hacia la comunidad dando bautismos y casamientos. Pero no todo el viaje fue positivo, ya que al siguiente pueblo lo encontraron despoblado y con una cruz llena de flechas. Todo hacía suponer los peores presagios, pero les llegó el aviso que los pobladores estaban protegiendo sus sembradíos contra una invasión de sus vecinos los papagayos. Al regresar recibieron con regocijo las recientes visitas y el P. Romero predicó al cacique para que le abriera las puertas a su gente, que sumaban 200 almas. A los bautismos y casamientos siguieron *"pomposos festines a su usanza el día de tanta dicha"*. Siguieron por todos los pueblos de la comarca e incluso a uno de los diaguítas¹⁰, cuyo ingreso estaba marcado por una *"vistosa calle, aderezada con ramos verdes con bello orden, formados á trechos arcos triunfales"*. Salieron a recibirlos con una ostentosa vestimenta rica en plumajes en medio de cantos y danzas. Pero lo que les llamó la atención a los PP. fue que todos llevaban en sus manos una pequeña cruz, semejante a la que días antes había despachado el P. Romero con un mensajero. Mayor alegría causó en los indios, cuando los PP. en procesión, entonaron canciones que ellos habían compuesto en la lengua cacana. Pero tuvieron que enfrentar a un cacique rebelde que se plantó ante la prédica cristiana. No obstante al despedirse los PP. recibieron toda clase de obsequios, luego de haberse quedado unos días y haber bautizado a casi mil indios. Siguieron por otros cuatro pueblos y mayor fue la buena disposición al encontrar a los indios con el cabello cortado y sin pinturas en los rostros. Los PP. destruyeron templos paganos y fomentaron la construcción de iglesias, informando todo al obispo Trejo. Encontraron resistencia en los pueblos de Taquigastay Angostaco¹¹, porque el teniente de gobernador ordenó a los caciques que enviaran indios mitayos para trabajar en unas minas (LOZANO, 1750 (I), pp. 426-432). El balance final de esta misión de los PP. Romero y Monroy había dejado un saldo final de 2.300 calchaquíes bautizados, se celebraron unos 300 matrimonios y se quemaron cinco adoratorios, aunque sus vidas peligraron en los pueblos mencionados, donde no llegaron a ser alcanzados por las flechas (PASTELLS, 1912 (I), p. 187).

Cuando el P. Diego de Torres se encontraba en Europa como procurador del Perú, escribió en 1603 un extenso memorial a don Pedro Fernández de Castro, presidente del Consejo de Indias. En su último artículo expresaba como recomendación que no se les impusiera tasas ni servicio personal a los indios convertidos y que se haga esto con los calchaquíes por entonces recién incorporados al cristianismo por los jesuitas (EGANA, 1966 (VIII), p. 482).

Ya en pleno cargo de provincial del Paraguay y en su primera Anua de 1609, el P. Torres informó de los antecedentes sobre incursiones de jesuitas entre los indios y sugiere un plan integrador para la evangelización de la región. Efectivamente afirma que en el tiempo sería oportuno que, como manda el general,

se emplee una de las cinco residencias de cuatro sacerdotes, entre los calchaquíes y que de allí se salga a predicar a los españoles de Tucumán y desde la de los diaguitas a La Rioja. Esto es lo que los jesuitas habían experimentado en Juli, que era un pueblo indígena donde los PP. asentaron residencia. Pero no descarta hacer lo contrario, es decir, que de los pueblos de españoles se salga cada año a misionar entre los indios. Aunque curiosamente ve con más efectividad que esas residencias se ubiquen entre los indios y que desde allí se salga a predicar a las ciudades españolas (LEONHARDT, 1927 (XIX), p. 36). Lo cierto es que en la práctica fijaron residencia en ciudades españolas, ejerciendo el ministerio de las misiones volantes entre los indios, por lo que anualmente los jesuitas visitaron a los calchaquíes por largo tiempo.

2. EL P. HORACIO MORELLI Y SUS COMPAÑEROS EN CALCHAQUÍ

Las continuas entradas al valle iban creciendo en entusiasmo por parte de los jesuitas, y ya en las Anuas paraguayas de 1610 y 1613 los relatos de las misiones entre los calchaquíes comenzaron a ocupar un lugar importante en el texto. En la primera, cuenta el P. Torres, que *"la misión de Calchaquí"* está a 40 leguas de San Miguel en un valle muy fértil. Calcula que habría entre 9 y 10 mil infieles y que algunos varones salían a servir a las ciudades de Tucumán y Salta. Recuerda que hacía 11 años que él visitó esa nación como compañero del P. Esteban Paez y que el P. Juan Romero dio completa relación al P. superior, cuando fue con el P. Gaspar de Monrroy. Cuenta el P. Torres cuando los españoles llamaron por engaño a unos caciques y fueron ahorcados, por lo que no quisieron ir más a Santiago. Los españoles quisieron formar una expedición de escarmiento, pero él mismo se interpuso evitándolo y enviando a los PP. Darío¹² y Morelli, contradiciendo la acción los vecinos de Salta que fue por donde entraron al valle, por intersección en este caso del gobernador (LEONHARDT, 1927 (XIX) p. 75).

En esta tercera entrada a calchaquí el P. Darío estuvo dos veces y por poco tiempo, en cambio el P. Morelli, como menciona su noticia necrológica:

"anduvo ordinariamente en misiones y siempre con grande fruto, y suspirando aún ya viejo por sus Calchaquíes, con ser allí su sustento los 7 años que estuvo de maíz, y raíces silvestres, su casa de choza, y casi el suelo su cama" (MAEDER, 1996. p. 46).

Efectivamente en setiembre de 1609 ingresaron al valle los PP. Juan Darío y Horacio Morelli. El primero rector del colegio de Santiago del Estero y el segundo residiendo en el mismo establecimiento. Eran momentos de tensión entre españoles

y calchaques por lo que tuvieron la misión de entrar al valle y calmar los ánimos, no sin antes sosegar a los vecinos de Salta.

El P. Darío le escribió una carta al provincial, fechada el 30 de marzo de 1610, que el Padre Torres transcribe en la Anua correspondiente. Lo primero que cuenta, se refiere a la labor del P. Morelli, diciendo que *"es un apóstol y predica ya en la lengua con mucha confusión mia"*⁴¹. Relata cómo los indios los recibieron bien: *"aviendo aderezado los caminos con arcos de ramas verdes, levantado Cruces, y hecho ramadas grandes, que sirviesen de Iglesias, donde pudiesen dar missa"*. Fue grande la alegría por esta paz lograda, que los indios *"se empeñaron en levantar once Capillas, con otros tantos diferentes Pueblos, para que pudiesen ejercer en ellas con alguna decencia las funciones sagradas"* (LOZANO, 1750 (2), p. 113). El mismo P. Darío continúa relatando que cuando llegaron los *"esperaban de la puerta de la Iglesia todos juntos"*. Pero además dice que había *"doce o trece iglesias con sus cruces"* reconstruidas, porque las habían quemado. Menciona además al curaca principal, el conocido Juan Calchaquí, cristiano que había dejado sus mancebas y había contraído matrimonio (LOZANO, 1750 (1), p. 76).

También el P. Morelli le escribe al P. Torres quince días antes. Dice que ya lo había hecho en dos oportunidades relatando su trabajo en la misión. Cuenta que habían acabado de ver todos los pueblos del Valle, aunque muchos de ellos, los indios se los ocultaron. Dice que llegaron el 16 de noviembre de 1609 al primer pueblo de la quebrada de Escoipe de indios pulares, donde comenzaron a doctrinar y catequizar bautizando algunos niños. Expresa que *"era gente doméstica y que sirven a los españoles enviados a su mita"*, que junto al de Chicoana⁴² se ubicaban en la entrada al valle y sumaban unas 400 personas. Pero aclara que todos son diaguitas con lengua cacana *"aunque muy corrupta que parece otra"*. Dice que se enardecen bastante porque tienen muy vivos en la memoria los agravios que reciben de los españoles y poco recuerdan la presencia de los PP. Romero y Monrroy que hacía nueve años habían estado allí con gran esfuerzo y trabajo. Obviamente mucho menos se acordaban de Barzana. Pero los pocos que lo hacían tenían buena impresión de ellos. Cuenta también que habían levantado unas capillas, expresando que tienen *"las iglesias fuera del pueblo"*. De Escoipe caminaron nueve leguas hasta el pueblo de "Querqua" (sic) también de pulares y al día siguiente llegaron a los primeros pueblos del Valle donde continuaron con su trabajo al que sumaron algunas confesiones. Luego entraron al pueblo que llaman la "Recata" (sic) donde hubo bautismos y casamientos. Hasta allí habían recorrido todos los pueblos de pulares y chicoanas. Morelli sigue el relato, consignando que el 26 de noviembre partieron a los diaguitas donde encontraron 20 pueblos de los cuales 14 estaban encomendados. Siguieron las prácticas religiosas pero con gran temor, aunque en constante diálogo con los curacas para que apaciguaran cualquier ataque al que eran proclives los jesuitas por ser españoles. Uno de esos curacas era nada menos

que el mencionado don Juan Calchaquí, de quien expresa: *"es este curaca un indio muy nombrado de los españoles que tienen noticia de este valle, es de muy grande estatura y en un tiempo mandaba casi todo este valle, al fin fue servido Nuestro Señor que también se ablandase y comieron los tres que aquí estuvimos entrambos con nosotros"*. Siguieron viaje ya de regreso por el pueblo de Luracatao de pulares y al parar en un pueblo de diaguitas, cuenta que una mañana vinieron 200 indios armados y atacaron el pueblo matando, hiriendo y robando desde los carneros hasta las camisetas de los muertos y heridos, bañándose con la sangre de los vencidos. Los PP. salvaron sus vidas de milagro y se dieron cuenta que por más que se levantaron muchas iglesias, eran crueles con sus enemigos¹⁵.

Al regresar a Salta, los PP. se entrevistaron con el gobernador Alonso de Ribera para suplicarle que no entraran más malocas al valle, tal como se lo habían prometido a los indios. También y en el camino predicaron entre los indios de la comarca, los guachipas y sus vecinos.

Volvieron en reiteradas oportunidades no dejando de reconocer que era gente *"muy barbara, y fiera, y enemiga por extremo de españoles"* (LOZANO, 1750 (1), p. 95). Esta Anua de 1611 divide a la gente del Valle en Calchaquíes, Pulares¹⁶ y Diaguitas, expresando que se hacen guerra entre ellos. Por ejemplo se relata otro enfrentamiento entre pulares y diaguitas y escribe el P. Torres que uno de los misioneros le rogaba a los invasores diaguitas que dejaran de matar *"y el otro se quedó guardandola Iglesia, y casa"* donde se refugiaron 14 personas *"aque los indios no se atrevieron llegar, ni a casa de los Padres"* (LOZANO, 1750 (2), p. 96). Parece que a partir de este precario asentamiento salían de pueblo en pueblo a misionar. Sin embargo la misma Anua hace referencia que los diaguitas habían cobrado tanta afición a una imagen de Nuestro Señor que cuando lo sacaban no se apartaban de él. Hasta incluso el P. Torres cuenta un elocuente acontecimiento cuando se celebró la beatificación de San Ignacio:

"quiero concluir con esta misión poniendo la fiesta que se hizo ala Beatificación de N.B.P. Ignacio en el Valle de los Huachipas, donde cogio a los Padres el día. Dessafaron se los yndios Huachipas y los Calchaquíes, y primero tiraron las felachas ala sortija, y despues al pato. Ganaron los Calchaquíes el Pato y los unos y otros Ganaron los premios, que los padres les tenían puestos. Luego hubo muchas carreras de caballos a la redonda de la lga de yndios, y tres, o quatro españoles que allí avia. Después hubo encamisada y hazazos con manojos de paxa bien hechos, y todos gritaban uiaua el Sto Pe. Igno. en mucho regocijo suyo" (LOZANO, 1750 (2), p. 97).

Todo se desenvolvía con la tensa armonía de posibles escaramuzas entre parcialidades que alcanzó otro rumbo cuando los españoles entraban al valle con sus perversas intenciones. Posiblemente de 1613 sea una interesante carta que

escribe el ya por entonces experimentado P. Romero sobre algunas de las razones de las injusticias que cometían los vecinos de Tucumán contra los indios de sus encomiendas. La primera *"todos los días en amaneciendo encierran los pobleros todas las indias en un corral hasta mediodía donde les dan tarea de hilar y tejer, y lo mismo desde el mediodía hasta que se ponga el sol y si no acaban la tarea las extienden en un suelo y las mandan acostar cruelmente y las hacen acabar de noche"*. Por esa razón las indias no pueden servir a sus maridos, ni tienen tiempo de darle de comer a sus hijos. Pero lo mismo que con las indias, hacían con los niños de entre 7 y 15 años a quienes les ponían fiscales para que cumplieran con su trabajo, con igual castigo que sus madres si no hacían la tarea. Todo lo cual les impedían ir a sus doctrinas y recibir una adecuada instrucción religiosa. Los pobleros les dan por ordenanza dos días a la semana para que trabajen para sí mismos, pero en realidad se quedan los encomenderos con lo que producen. Éstos, por medio de los pobleros tienen atemorizados a los indios que no se atreven a quejarse de tantos agravios que cometen con sus mujeres, hijos y hermanas¹⁷.

El P. Romero se encontraba en Lima e insiste con el tema, en otra carta que firmaron varios jesuitas¹⁸, donde manifiesta que los encomenderos no cumplían con las Ordenanzas de Alfaro, cargando a las mujeres con el servicio personal. Advierte que el Consejo de Indias envió varias comunicaciones a la Audiencia de Charcas para que envíe un visitador a Tucumán a los fines de acabar con los agravios a los indios y que después que se hizo y aprobó por gobernadores, prelados y demás eclesiásticos, hasta los cabildos de ciudades, no se cumplió en nada. Este texto sigue un poco al que tres años antes había suscripto el P. Torres como instrucciones para las conciencias de los encomenderos, que ha tratado el P. Bruno¹⁹

Un paso importante se logró al conseguir que el obispo Trejo otorgara en 1614 licencia exclusiva a los jesuitas para asistir religiosamente a los calchaquíes, y lo hacía por *"la Extrema necesidad que los Indios del Valle Calchaquí tienen de ser doctrinados y enseñados en los misterios de Nuestra Santa Fe Católica, y que los Padres de la Compañía de Jesús lo han hecho entrando diversas veces"*²⁰.

Tiempo después la noticia de la designación del P. Diego de Boroa²¹ para Calchaquí la trae Lozano, cuando relata que el P. Torres designó al P. Juan de Salas para misionar en Mendoza y a Diego de Boroa en calchaquíes, ante los ruegos de los vecinos de Salta, los mismos calchaquíes y del gobernador de Tucumán don Luis de Quiñones Osorio. Hacía poco tiempo habían estado españoles buscando minas y habían alterado los ánimos de los calchaquíes por lo que se decidió observar las Ordenanzas de Alfaro que expresaban que mientras estuvieran los PP. no entrara al Valle ningún español. Igualmente por aquellos días había muerto don Juan Calchaquí de forma confusa, lo que motivó disputas de poder dentro de los indios.

Escribe Lozano que por entonces, los calchaquíes eran una parcialidad muy numerosa, pero *"entre las más valientes y belicosas"*, comprendiendo *"mas de veinte Pueblos en las fronteras de Londres, y de San Miguel del Tucumán"*. Vuelve a recordar que se encontraban en guerra luego que los españoles mataran a varios de sus caciques y que para ello enviaron a los PP. Juan Darío y Horacio Morelli (LOZANO, 1750 (II), p. 290). Después de dirigir la residencia de Santiago del Estero, el P. Darío pasó al frente del colegio de Santa Fe, mientras Morelli volvió a Tucumán por problemas de salud. Pero Darío retornó al Valle *"para la pacificación de los Diaguitas"* junto al P. Boroa, encontrándose en Santiago del Estero, donde ya por entonces los jesuitas habían dejado de tener su residencia. Llegaron a Tucumán siendo recibidos por el superior de aquella residencia el P. Luis de Leyva. De allí partieron rumbo al Valle Calchaquí, pasando primeramente por Aconquija, donde misionaron entre los sobrevivientes de una reciente epidemia de viruela. Dice Lozano que *"Levantaron prontamente una Casa, que sirviese de Iglesia"* (LOZANO, 1750 (II), p. 295). Luego siguieron por Huachase.

Con mucha prudencia los PP. llegaron al pueblo de Chicoana donde se celebraba una borrachera general. El P. Darío se animó a derramar los brebajes y quemar sus ídolos, ante la mirada serena de los indios. De allí pasaron a Luracatao donde también se demolió una piedra que era mochadero o adoratorio. Luego fueron a Sibchagasta donde fueron mejor recibidos, pues se ofrecieron los indios a construir una iglesia y casa, cumpliéndolo con puntualidad y prontitud. Lo mismo hicieron los de Tucumanahao donde se destruyó el adoratorio más célebre de los calchaquíes. En Chuchagasta se construyó la iglesia más alta y mejor que las otras referidas, ganando a Columin, el cacique sucesor de don Juan Calchaquí. Continuaron por los pueblos de Samalamao y Tolombón, luego fueron al pueblo de los Quilmes y a Pichijao y a Yocavil. En todos se construyeron capillas y casas para los padres; fueron *"diecinueve iglesias"* LOZANO, 1750 (II), pp. 430-432 y LEONHARDT, 1927 (XIX) p. 199).

La larga experiencia de los jesuitas no sirvió de mucho hasta el momento y en 1614, el P. Torres anuncia sin más explicación que la misión de calchaquíes se había abandonado el año anterior por la extrema pobreza de los PP. (LEONHARDT, 1927 (XIX) p. 430).

Pero su sucesor el P. Pedro de Oñate pronto le dio nuevo impulso y para ello volvió a enviar al P. Morelli, esta vez con el P. Antonio Masero²² como compañero. El primero como dijimos, estuvo con anterioridad y dominaba la lengua cacana LEONHARDT, 1929 (XX), p. 12). El provincial contaba con las autorizaciones del obispo y del gobernador quienes daban su conformidad para fundar la reducción de San Carlos de Samalamao, cerca de Cafayate (FORTUNA, 1966, p. 130). En 1616 el P. Oñate ya recibe información de los primeros frutos de aquella misión. Escribe al general que los PP. fueron bien recibidos por los indios. Las tareas se extendían

a catequizar, bautizar niños, confesar, casar amancebados, impedir borracheras, posibles guerras entre grupos enojados entre sí. Siempre actuando con gente atemorizada que pensaba que los sacerdotes eran enviados por los españoles. Pero aquel avance sólo duró un año y los jesuitas tuvieron que retirarse.

En 1620 el mismo P. de Oñate recordaba que se había conseguido por parte del obispo, que el Valle se dividiera en dos curatos²³, incluso con representación real para ellos, y por tanto señala: *"me determiné del todo de tomar la conversión de aquellas almas muy a pechos y para siempre"*, aunque tuvieron que asumir como curas doctrineros (LEONHARDT, 1929 (XX) p. 179), que era un ministerio que no alentaban los jesuitas entre ellos. Persuadido y alentado por el obispo, el provincial sumó en la misión²⁴ de Morelli y Masero, a los PP. Cristóbal de la Torre como superior y a Juan Bautista Sansone²⁵. Este último hizo un *"copioso vocabulario"* en lengua calchaquí (MAEDER, 1990, p. 73).

Ante esta nueva incursión de los jesuitas, los indios comenzaron a tener más confianza en ellos, deduciendo que no poseían las mismas intenciones que los españoles. Entonces Oñate reprodujo lo que en carta le había contado el P. de la Torre. Básicamente relata el cálido recibimiento en procesión, donde los indios de los pueblos de Tucumanahao, Ambirigasta, Bombola y otros, llegaron encabezados por sus curacas portando sus mejores vestimentas. Los hombres llevaban en sus espaldas los arcos y flechas, que se quitaban por cortesía antes de llegar a los PP.; las mujeres cargaban maíz y porotos, gallinas y huevos, otras con tinajas de chicha. Todos se pusieron a los pies de los PP. Mientras estos les obsequiaban agujas, alfileres, chaquiras. Luego les anunciaron que harían una nueva iglesia en ese lugar *"y con gran voluntad vn pueblo se encargaua deleuantar las paredes otro de cortar los horcones, y otro las varas yasi enbreue nos hicieron una iglesia bastante y dos aposentos donde nos acomodamos porq andauan como 50 yndios en la obra yhastalos mesmos curacas trauajauan ynosotros eramos los albañiles y archirectos"* (LEONHARDT, 1929 (XX) pp. 179-180). La construcción de esta iglesia no quiere decir que se haya dado comienzo a una reducción, sino que los jesuitas estaban cumpliendo con lo que se establece al crear un curato, es decir construir una iglesia donde predicar a varios pueblos equidistantes de ella, como los señalados arriba. En la Pascua siguiente se dio la primera misa presidida de una solemne procesión y gran fiesta de todos los pueblos comarcanos. Pero como expresan los PP. que allí estuvieron, no implicaba que con esto se desterraban las idolatrías, pues era un pueblo muy arraigado a su religión.

Los PP. habían confeccionado un catecismo breve en su lengua que se lo tomaban a los indios de memoria. También salían a predicar a otros pueblos donde no pocas veces encontraban *"un templo con sus ídolos"*, además de continuar con costumbres que los PP. trataban de desterrar como la de enterrar a sus muertos vestidos, con sus armas, comida y bebida para largo tiempo. Pero la gran dificultad

de salvar, seguía siendo la entrada periódica de los españoles en busca de indios para sus mitas, que contradecía enormemente los trabajos de los jesuitas.

No obstante y en la misma Anua citada se expresa que: *"contodoesso hanhecho yalos PP la 2da iglesia enlo mas ynterior del valle entre los pueblos llamados Zamalamau y Huchagasta"* (LEONHARDT, 1929 (XX) p. 183). Con ello ya no sólo se daba cumplimiento al mandato del obispado sino que se dejarían de construir capillas en las afueras de cada uno de los pueblos indígenas, para las visitas esporádicas de los PP. De las iglesias de los pueblos y estas dos nuevas, nos informa el mismo obispo Cortázar luego de visitar el Valle Calchaquí en 1622. Lo hizo junto al teniente de gobernador de Salta, el capitán Pedro de Sueldo y treinta soldados de escolta, elevando un sustancioso informe que no favoreció la labor de los jesuitas, ya que los culpó porque los indios no lo recibieron en algunos pueblos, amén de no quedar conforme con tanta idolatría de que había sido testigo²⁶.

En la ocasión, el obispo le informó al rey que al entrar al Valle: *"no halle iglesia ninguna en los lugares donde pase sino vnas rramadas de paxa que se hicieron para mi entrada, que escrúpulo en decir misa en ellas"*. Avanzó hasta el centro del Valle, en Samalamao, donde los jesuitas tenían su asiento, siendo muy bien recibido y expresando *"En el sitio donde residen los dichos padres esta una yglesia sin puertas que no merece nonbre de iglesia y una campana puesta en un arbol"* (LEVILLIER, 1926, p. 325). Pero al avanzar hacia los pueblos de tolombones, paciocas y quilmes, no encontró ningún indio en los pueblos, sino todo abandonado y hasta las acequias cortadas para que la comitiva no tuviera agua a su paso. Si bien argumenta que los indios estaban alzados, en realidad esto respondía al temor que tenían los calchaquíes de que fueran atacados y llevados por los españoles. La presencia de soldados se relacionaba estrechamente a la mita, las tasas, el servicio personal y todas las penurias que soportaban los indios a lo que los jesuitas hacían causa común. En otra declaración del Cabildo se expresa que en estos pueblos sin gente vieron:

"recien echa una rramada paxica como las demás de los dichos pueblos en forma de yglesia y dos chocuelas a medio hazer limpio por alli a la redonda como en los demás pueblos para hazer sus danzas y el camino hasta cassi una gran legua aderecado y una cruz al parecer recien puesta y la dicha rramada acabada de regary a la puerta dos baras hincadas como las que se acostumbbran poner para hazer arcos y rrama de arboles por alli que significaua era para conponerla y otras baras tendidas en el suelo en otras partes en la dicha forma" (LEVILLIER, 1926, p. 314).

Este era el estado general en que encontraron los poblados abandonados, donde hubo una intención de recibir al prelado pero quizás algunos más temerosos

advirtieron de posibles malos tratos de parte de la soldadesca y huyeron con sus familias. El obispo por su parte y ya de camino a concluir su visita a Jujuy y Esteco, relató todo esto con sumo desagrado y recomendó al rey que enviara al gobernador a castigar estos insultos²⁷.

El Catálogo de 1623 que firma Pedro de Oñate, informa que la residencia de calchaquí cuenta con: *"5 Padres y un Hermano. Dales su majestad para su sustento mil y doscientos pesos de renta aunque apenas se puede sustentar el dicho número. No tienen iglesias ni ornamentos bastantes ni alhajas, sino mucha pobreza"*²⁸.

Pero después de eso y por unos años, las Anuas no dejaron testimonios de la evangelización en calchaquí. Pues la intervención y sucesos ocasionados en torno al obispo Cortázar concluyó en que los jesuitas fueran retirados del Valle. Recién en 1628 y 1631, se informa que los jesuitas fueron casi obligados por los vecinos de Salta a dejar el Valle. Fue en la época que los atiles de La Rioja torturaron y mataron al fraile mercedario Antonio Torino, lo mismo hicieron con fray Pablo los capayanes (QUIROGA, 1992, p. 92). Luego se desató una cruenta guerra hasta que el gobernador entró al Valle con su ejército y obligó a los indios a aliarse en otro gran alzamiento que encabezará Juan Chelimin, líder de los Hualfines, asesinado por los soldados españoles y deportada su gente. Por su parte, de los jesuitas sabemos que Cristóbal de la Torre hizo sus últimos votos en Santiago del Estero en 1621 y fue enviado a la residencia de Villa Rica del Espíritu Santo y después a la reducción de San Francisco Javier. El P. Masero fue con un coadjutor a administrar la estancia de Quimilpa en Santiago del Estero, donde anciano y muy enfermo muere el P. Morelli en 1642²⁹ y Sansone pasó a Tucumán, donde hizo sus últimos votos en 1627, muriendo en La Rioja en 1632, donde se le había designado como rector.

3. LA GUERRA CONTRA LOS CALCHAQUÍES Y LA CREACIÓN DE REDUCCIONES ESTABLES

Los supuestos escasos resultados obtenidos por los jesuitas, según la versión de los encomenderos, derivaron en el abandono de la misión y en consecuencia los muchos indios bautizados volvieron a sus correrías que provocaron —como dijimos— un nuevo alzamiento. El gobernador Felipe de Albornoz daba cuenta en varias oportunidades de lo que podría suceder si no se tomaban medidas de prevención, pero el desenlace dejó muchos indios sin vida por sus mismas provocaciones.

El virrey del Perú, conde de Chinchón, envió a Tucumán en 1632 al fiscal de la Real Audiencia de Charcas don Antonio de Ulloa para conducir las operaciones militares contra los calchaquíes. En marzo de 1633 entró al valle de Yocavil donde

dejó instalado un fuerte y regresó a Salta. Mientras que desde Andalgará actuó el general Jerónimo Luis de Cabrera, quien entró al valle y soportó una férrea resistencia, aunque quedó destruida y despoblada la ciudad de Londres, conduciendo a los sobrevivientes a La Rioja. De allí se reagruparon y salieron hacia el valle de Famatina en busca de guandacoles y capayanes, asociados a los Calchaquíes y donde el año anterior había misionado el P. Francisco Hurtado. Justamente Cabrera requirió la presencia del sacerdote en sus huestes para engañar a los indios. Los jesuitas al principio se negaron a participar, pero fue tanta la presión, que debieron sumarse a la masacre que concluyó en tres meses, levantándose un fuerte en el valle donde se quedó el sacerdote jesuita (MAEDER, 1990, pp. 68-71). Una vez sofocado el levantamiento, los jesuitas volvieron a insistir en las misiones del Valle. Así lo manifestó el provincial Francisco Lupercio de Zurbano en 1644, cuando escribió *"La Misión de Calchaquí se lleva adelante con grandes esperanzas, de la conversión de aquellos indios miserables"* (MAEDER, 1996, p. 29). Salían en misiones volantes desde el colegio de Salta, que tenía a su vez a cargo la ciudad de Jujuy y los indios dispersos de los valles salteños. La casa había padecido mucha pobreza, incluso fue arrastrada por el río. También las estancias fueron saqueadas por incursiones de calchaquíes rebeldes. Contaba por entonces con cinco sacerdotes y dos coadjutores que se repartían en sus misiones tanto urbanas en Salta y Jujuy, como entre los indios pulares, senillos, cochinitas y casabindos. Pero con los calchaquíes pareciera haber particular deferencia en estos jesuitas que insistían con sus misiones aunque *"no correspondiendo el fruto al trabajo"*. Así fue que el gobernador Felipe de Albornoz, después de concluir la guerra gestionó ante los jesuitas que fueran a misionar *"para confirmar con la fuerza de la palabra divina la paz y la lealtad de aquellos indios a su Rey"* (MAEDER, 1996, p. 57). Fue cuando el P. Zurbano designó a los PP. Fernando de Torreblanca y Pedro Patricio Mulazzano que se encontraban predicando por el *"Pantano de Londres"*. Estaban allí desde 1638 en un sitio también conocido como fuerte de San Blas, que Jerónimo Luis de Cabrera fundó en 1633 a orillas del río Colorado, y que contaba con 35 españoles y más de mil indios del valle de Paccipas.

Los PP. partieron a Tucumán de donde salieron sin escolta a los Valles Calchaquíes en 1640. Fueron bien recibidos y recorrieron todos sus rincones hasta quedar fijos en un lugar *"con casa e iglesia conforme a la pobreza de la tierra"* (MAEDER, 1996, p. 58). En la carta necrológica del P. Torreblanca dice que ese lugar era el pueblo de indios de Chuchagasta³⁰. Mientras que en una Anua anterior se expresa que *"muchos de los rebeldes salieron de sus montañas, para formar una aldea que se llama el Pantano. Allí, insistiendo continuamente en sus caciques y tratándolos con cariño consiguieron después de mucho trabajo y empeño, (...) se fundó una residencia estable de los nuestros"*³¹. Pues no puede ser el Pantano de Londres porque un poco más adelante esa misma Anua expresa *"Sucedió esto*

en 1640, sin que ningún soldado español nos hubiera escoltado en nuestra entrada y sin que apoyásemos nuestra residencia en un presidio español". De tal forma que se asentaron en la antigua residencia, que se abandonó tiempo después y se refundó, permaneciendo hasta 1657, como veremos, en desafortunado desenlace.

El riesgo de sus vidas era constante y más de una vez peligraron. En una de ellas el rector del colegio de Salta les aconsejó que salieran del Valle y fue cuando el P. Torreblanca partió sigilosamente hacia el pueblo de Chumbicha, seguramente descendiente del hermano de Juan Calchaquí. El cacique le previno encontrarse media legua antes del pueblo, pues la gente estaba en armas por la noticia que tenían de que los españoles estaban dispuestos a volver a atacarlos. Torreblanca lo trató de convencer que no era así y volvió a la misión, mientras el P. Patricio fue hasta Córdoba a informar del caso al provincial. Pero como se encontraba en las reducciones, el rector del colegio le ordenó que volviese con su compañero al Valle y se quedasen allí. De camino al Valle el P. Patricio se enfermó y quedó en Santiago, mientras el gobernador prohibía que entraran religiosos al Valle por el peligro de sus vidas. Estando en Salta, el P. Torreblanca acompañó al P. Ignacio de Medina en una infructuosa entrada a los mataguayos del Chaco y luego fue enviado a Córdoba a tomar su tercera probació³². Estuvo un tiempo hasta que P. Rector de Córdoba insistió entre las autoridades gubernativas para que se concediera la licencia y al fin otorgada, regresaron los PP. al valle. De esta nueva entrada con el P. Mateo Romero de 1643, el P. Zurbano transcribe la carta que envió el P. Torreblanca manifestando que fueron muy bien recibidos, haciendo *"demostraciones en todos los pueblos que alcanzaron; levantaron cruces e iglesias"*. En especial en el pueblo del valle de Anguinachao del viejo cacique don Francisco Utimba *"donde tenía levantada Iglesia donde se juntaron parte de sus indios y oyeron misa dejando afuera sus armas e hincados de rodillas, y quitando de sus cabezas el adorno, que es un gran manojo de hilos, en señal de reverencia"* (MAEDER, 1996, p. 60). Estas manifestaciones se daban por respeto a los PP. pues, y el mismo Torreblanca lo explica, continuaban con sus idolatrías, borracheras, supersticiones y sacrificios, mientras que al nombre cristiano le tenían horror. También abusaban del uso de los nombres cristianos que se les daba al bautizar y con ello había una gran confusión de quiénes realmente estaban bautizados. Incluso —continúa Torreblanca en esta carta del 28 de marzo de 1644— no recibían colaboración alguna de parte de los calchaquíes y los mismos PP. debieron *"traer muchachos de afuera, que no ha costado poco el traerlos, vestirlos, y sustentarlos; para haber de edificar unos ranchos de adobe"* (MAEDER, 1996, p. 61).

La otra lucha que libraban los PP. seguía siendo contra los españoles. Efectivamente, los vecinos de La Rioja hicieron una entrada a los pueblos de Quilmes y Encamana haciendo prisionero al hijo de don Francisco Utiba quien les suplicó

por su vida. La intersección del Padre Torreblanca con el capitán Pedro Nicolás de Brizuela fue exitosa, habiendo negociado para su libertad que se fundara una segunda reducción, que llamaron Santa María de los Ángeles en Anguinahao³³. Lozano la ubica en el amplio valle de Yocavil, donde habitaban varias parcialidades indígenas, entre ellas los quilmes y colalao, ubicados al sur, pues cercanos a ellos se levantó la reducción (IGLESIAS, 2008, pp. 33-55).

En medio de estas vicisitudes el obispo Maldonado de Saavedra intentó visitar la región aunque sólo llegó al mencionado fuerte del Pantano a fines de 1645. Allí esperó a los jesuitas para que lo acompañen sin escolta militar (PASTELLS, 1912, (II) p. 119), pero nunca llegaron y de regreso, fue atacado por los indios salvando su vida, aunque cayendo el capitán Calderón (QUIROGA, 1992, p. 92).

La siguiente Anua que corresponde también el P. Zurbano está fechada en febrero de 1646, siendo más concreta en cuanto a la mención del asentamiento de los PP. Torreblanca y Mulazzano en el Valle, escribiendo que *"establecieron su sede en el punto medio de los valles, un lugar llamado Tucumán y poblado por doscientas familias"*. Pues allí es donde construyeron los ranchos de adobe que se refería antes, ratificando que *"La casa que habitan, y el templo donde todos los días se reza y se imparte catecismo a los niños y donde, no sin trabajo, se reúne el pueblo los domingos, están contruidos de adobe"* (MAEDER, 2007a, p. 41).

El P. provincial Juan Bautista Ferrufino, que sucedió a Zurbano, puso interés en esta misión calchaquí, a pesar de encontrarse dentro de un contexto donde prevaleció el gran problema que había ocasionado el obispo Cárdenas al Instituto, que incluso expulsó a los jesuitas de Asunción. Al Valle Calchaquí destinó primero tres y luego cuatro sacerdotes que comenzaron a influir en los hijos de los principales caciques, a quienes instruyeron en la fe religiosa pensando que cuando sucedan a sus padres, podrían ganar la autoridad de todo el valle. Para ello *"procuraron los padres juntar a estos muchachos en una especie de convictorio o colegio seminario, bien lejos del trato con sus corrompidos parientes y paisanos"* (MAEDER, 2007b, p. 34). Pues esta experiencia ya la habían tenido los jesuitas de Juli. Aunque desde el Concilio Limense de 1587 los párrocos tenían entre sus deberes en las doctrinas de indios, crear escuelas para niños indios. Pero en muy pocos casos se cumplió este mandato. Como escribe el P. Bruno, los jóvenes crecían y volvían a su naturaleza, por lo que el mayor fruto era el de los infantes que morían con bautismo (BRUNO 1967 (3), p. 356).

Para mediados de 1653 el P. Francisco Vázquez de la Mota firmó la Anua del periodo 1650-1652³⁴, dando cuenta de algunos pormenores históricos de las misiones que se dieron en el Valle Calchaquí. Expresa que en esta tercera misión los PP. *"han construido dos pueblos, el uno denominado Nuestra Señora de Yocavil, el otro San Carlos"*. Igualmente los indios permanecían infieles pues se habían acercado a los PP. no *"por amor a Dios, sino por miedo a los españoles"* (MAEDER,

2008, p. 53). Ya se encontraban cinco misioneros pero sin ninguna esperanza de un próspero desarrollo.

El provincial Juan Pastor, en su visita a la provincia en 1652, decidió viajar a las misiones cargando sus 72 años de edad, para ver realmente el estado de las mismas y tomar decisión al respecto, aunque incluyera retirar a los PP. En Tucumán se encontró con el P. Torreblanca, quien había ido a la ciudad con unos indios a visitar al gobernador. Inmediatamente de sabido el viaje del provincial, el P. Torreblanca preparó todo, convencido que sería muy importante la presencia de la autoridad para activar un poco aquella misión y que los resultados serían diferentes a aquella infausta visita del obispo Cortázar y la malograda del prelado Maldonado, quien sólo llegó al Pantano. Así fue que partieron y transitaron las montañas por cuatro días, pasando por las aldeas de los indios alfamios y los zafios que los recibieron con grandes banquetes. Salieron a saludar a su encuentro indios del cacique Utimba, en cuyo pueblo aún los PP. tenían una capilla. Pernoctaron cerca del pueblo de los amaycenses, quienes para recibir a los PP. levantaron una cruz y arreglaron un rancho para capilla tal como lo hicieron en las antiguas misiones. El provincial no sólo repartía regalos sino también la promesa que haría todo lo posible para que no sean molestados por los españoles. Al fin llegaron al pueblo de Santa María de Yocavil, donde los indios los esperaban con sus típicas vestimentas plumarias e instrumentos musicales que resonaban en el valle. En *"lo que llaman su templo"*, estaban esperando los caciques ancianos y entre ellos el hijo del cacique Utimba. Al otro día se celebró una solemne misa donde se bautizaron 48 yocaviles bien instruidos. Luego de tres días en esta misión partió el P. provincial a San Carlos, donde estaba el seminario de hijos de caciques. También se dio lugar a un recibimiento con toda la pompa que revestía la investidura de la visita, pero el provincial se cercioró con sus propios ojos que ningún indio quería servir a los PP. y que sólo le prometieron que enviarían a sus hijos al colegio. Antes de volver a Tucumán, el provincial dejó como superior al P. Mulazzano y apenas llegado recibió tristes noticias de una peste que azotaba a varios pueblos del Valle, e incluso de una guerra entre distintas tribus que estaba por comenzar, que fuera detenida por el P. Torreblanca, corriendo grave peligro su propia vida. La enfermedad se extendió por el valle y el P. Torreblanca se instaló entre los quilmes, mientras los hechiceros culpaban a los PP. de haber traído la peste, retrocediendo los avances para la evangelización. El provincial se lamentaba de lo que estaba ocurriendo entre los calchaquíes compadeciéndose de sus misioneros y expresando con profundo dolor que *"Tiempo es que abandonemos los campos abiertos, y que volvamos a casa"* (MAEDER, 2008, p. 60).

Pasaron cuatro años de aquella visita y el P. provincial Lorenzo Sobrino no era optimista en que se produzcan cambios algunos entre los calchaquíes, como lo expresa en la Anua que firma en 1654. De ese año hasta 1658 no tenemos

Informes, correspondiendo el siguiente a la anua de 1658 y 1660 que firma el provincial Simón de Ojeda.

4. EL FIN DE LAS MISIONES CALCHAQUÍES Y LA IMPORTANTE LABOR DEL P. TORREBLANCA

Las pestes, hambrunas y las constantes incursiones de los españoles por encontrar las minas de los Incas y secuestrar indios para su servicio personal, no pudieron contener a los jesuitas. De allí que el fin estaba anunciado, cuando en 1656 entró al Valle Calchaquí el andaluz Pedro Chamizo con su nuevo apellido Bohórquez (1602-1666) y con una carta de salvación para los indios que era la de coronarse descendiente de los Incas del Perú. Lo hizo, como él mismo lo afirma, en la reducción de Santa María (BRUNO, 1967, p. 359). La historiografía hispanista lo ha condenado como un simple ladrón y embustero, pero los jesuitas, quienes fueron testigos que lucharon por salvar no sólo almas sino también las vidas de los calchaquíes, no pensaron lo mismo en su momento. Ni siquiera los indios que lo aceptaron, sabiendo que tampoco los incas eran sus aliados ni mucho menos de su agrado. Pero ante las penosas circunstancias que vivían no tuvieron otra alternativa que confiar en un liderazgo para liberarse del yugo español. Asentado en el Tucumanahao prometió al gobernador Mercado y Villacorta encontrar las minas de oro y plata para su beneficio y colaborar en llevar la vida cristiana a los indios, a cambio que el gobierno le reconociera su soberanía en la región. De tal manera, que tanto las autoridades hispanas como los jesuitas quedaron conformes con la propuesta de quien se hacía llamar desde entonces Inca Hualpa. Mientras el gobernador, retorcido en su ambición y credulidad, le daba el rango de capitán general, se acrecentaban las sospechas de un desconfiado obispo Maldonado de Saavedra que no creía nada de todas estas negociaciones.

El recibimiento del Inca fue fastuoso entre los indios. Ingresó y atravesó el valle, pasando por Tolombón con una recepción propia de su investidura. No sólo lo relató el mismo Bohórquez al gobernador, sino que también lo confirmó el P. Eugenio Sancho, superior de la misión de Calchaquí. Tiempo después el gobernador previno entrar al valle para entrevistarse con el Inca y en presencia de los jesuitas. Pero el encuentro se dio al revés. Fue Bohórquez y una nutrida comitiva la que se dirigió hacia el gobernador en San Juan Bautista de la Rivera, a fines de julio de 1657. Se reunieron en tres oportunidades, donde regularon derechos y deberes de ambas partes. Hubo un acuerdo total, aunque quedó desconfianza en el gobernador y extremo recelo en el obispo que conspiraba en contra de Bohórquez. Hasta que sus opiniones llegaron al virrey don Luis Enrique de Guzmán, que terminó decretando su pronto arresto. El gobernador acató la orden y se desató el desastre calchaquí.

Los jesuitas escribieron sobre este último levantamiento. No sólo los historiadores como del Techo o el mismo Lozano que dedica casi un libro de los cinco de su Conquista, sino la información que encontramos de primera mano, tanto en la Relación de Torreblanca, como en las Cartas Anuas del periodo 1658-1660 y diversas cartas escritas por otros jesuitas interesados en el tema. Sin duda nos atrae el testimonio de Torreblanca, escrito en su vejez cuando ya había pasado mucho tiempo de aquellos sucesos y los había meditado. De tal manera que la figura del P. Torreblanca se inserta con esa extremada obsesión jesuita por salvar no sólo las almas sino la vida de los indios, y si en principio creyeron en la propuesta del falso Inca, luego influyó en ellos el pensamiento de los españoles que lo consideraron un obstáculo para apoderarse de las supuestas riquezas escondidas del Valle Calchaquí.

El reconocimiento a los esfuerzos del P. Torreblanca fue motivo de una extensa noticia necrológica que escribió el provincial Ignacio de Frías al general Tirso González en la Carta Anua de 1689-1700. Nació en Córdoba del Tucumán el 13 de setiembre de 1613 y murió de tabardillo, también en Córdoba el 11 de setiembre de 1696 (STORNI, 1980, p. 285). Hijo de Francisco Núñez y Ana Torreblanca fue criado por su abuelo Juan, hasta su muerte en 1623, pues su madre falleció cuando contaba con tan sólo tres años de edad y su padre al poco tiempo. De tal manera que a los 10 años el niño fue reconocido como encomendero de las herencias recibidas, aunque estaba a cargo de su tío Melchor Rodríguez (GOULD, 2000, p. 41).

A los 15 años y en una buena posición económica ingresó a la Compañía de Jesús, salvando el requerimiento de limpieza de sangre que no lo favorecía por la mala fama de su padre y fue recordado por el propio general jesuita. En 1633 hizo renuncia de bienes a favor del Instituto, que eran principalmente la encomienda de Guayascate y la merced de Puriscat que fueron vendidas en 1644 y aplicada a la fábrica de la iglesia de Córdoba (GRENÓN, 1955, p. 408).

En el Catálogo de 1631 cursaba su primer año de Filosofía³⁵ y para 1637 ya contaba con tres años cursados de Filosofía y cuatro de Teología requeridos³⁶. Alcanzó a profesar su cuarto voto en Salta en 1648, pero antes, al ser ordenado sacerdote fue enviado al colegio de La Rioja. Allí tuvo especial contacto con un grupo de indios afectados por una brutal peste. Luego que los indios del valle de Londres depusieran las armas, el gobernador del Tucumán autorizó el ingreso de misioneros y allí estaría el Padre Torreblanca, junto al Padre Pedro Patricio Mulazzano, a quien recordó muy especialmente en su relación cuando éste ya había fallecido.

Casi dos años después de la llegada de Bohórquez, cuando éste ya asentó su gobierno y formó un ejército de indios, los resultados y promesas no se cumplían. Comenzaron las revueltas que terminaron en el tercer levantamiento calchaquí que

alcanzó las ciudades de Salta y Tucumán, aunque los primeros en sufrirla fueron los jesuitas. En San Carlos del Tucumanahao, se encontraba el P. Torreblanca quien fue enviado engañado por Bohórquez a Salta para conseguir la paz y el indulto a su persona. Pero al mismo tiempo ordenó que los indios destruyeran todo lo que allí había, repartiendo herramientas, ornamentos de la iglesia y hasta libros. Cuando regresó el P. Torreblanca encontró todo el edificio saqueado y quemado, advirtiendo a los PP. de Santa María que la abandonasen inmediatamente. Nada contuvo el esfuerzo de años de labor, todo quedó hecho cenizas, como el mismo Torreblanca escribió al provincial Simón de Ojeda

"La iglesia sin campanas, retablos, láminas, imágenes, cristos de bronce, cruces, cajas, que había dejado llenas de ornamentos, cálices, aderesos de seda y plata muy buenos, y finalmente toda quemada hasta las vigas, dos puertas, umbrales, y aún parte de las tapias caídas, y no pudiendo yo entrar por las puertas y oficinas, que estaban anegadas con las aguas de un grande arroyo, que habían metido por la huerta, y salía por la portería" (LOZANO, 1750 (I) pp. 120-121)..

Quizás esta sea la mejor descripción que tengamos del domicilio de los jesuitas, mientras que una explicación del "arroyo" la facilita la Carta Anua de 1658-1660, "porque las paredes eran de material arcilloso (adobe) desvió contra ella el cauce de un arroyo, para que lo que resistió el fuego, se deshiciese con el agua"³⁷. El saqueo y destrucción, tal como lo relata Torreblanca en la carta antes citada, lo había llevado adelante la manceba chilena de don Pedro, mientras éste se encontraba construyendo un fuerte en Chuchagasta donde se había concentrado con los indios fugitivos de Londres y los pulares (LOZANO, 1750 (I) pp. 122).

Lozano siguiendo las Anuas, continúa relatando que los PP. de Santa María de Yocavil que recibieron la noticia de boca de un mensajero enviado por el P. Torreblanca, salvaron sus vidas ante el ataque de los indios de Anguinahao, Yocavil y Encamana que destruyeron todo. En medio de la escaramuza los PP. Juan de León y Eugenio de Sancho, fueron desnudados y golpeados, aunque dos indios amigos les alcanzaron unos caballos y pudieron huir al pueblo de los Encamanas con el P. Juan herido de flecha. Luego de varios días sin comer llegaron al fuerte de San Pedro en el valle de Andalgalá, donde el P. Sancho dio cuenta de lo sucedido, hasta que fueron conducidos al colegio de La Rioja (LOZANO, 1750 (I) pp. 124-125).

Las revueltas llegaron a oídos de muchas parcialidades indígenas, incluso en el Perú y entre los indios de las ciudades españolas, donde comenzaron a abrirse esperanzas de libertad ante una inminente revolución. El virrey fue leve en enviar una carta a don Pedro para que calmara el Valle, ofreciéndole el perdón. La respuesta fue que el inca se sentía fiel vasallo del rey y su alianza con los indios

no era un acto de rebelión sino una medida necesaria contra las intrigas del gobernador³⁸.

Al enterarse en Salta de lo sucedido, el gobernador don Mercado y Villacorta alistó las tropas españolas y emprendieron viaje al Valle en compañía del P. Torreblanca y otros dos sacerdotes. El jesuita y el mandatario entraron a la pacificación del valle, siendo ardua la tarea de Torreblanca en asistir tanto a unos como a otros, en intérprete y sobre todo, en apaciguar a los vencedores tratando de que no dispersaran a las familias aborígenes en un no menos cruel repartimiento de personas. Cinco meses duró esta campaña, mientras que a los indios trataba de catequizarlos con una breve instrucción, en una improvisada capilla hecha con un toldo del gobernador, a fin de que se arrepintieran; pero sobre todo, para que fueran considerados por los españoles indios cristianos y con ello salvados del furor de los vencedores contra los cautivos. Actitud que despertó en algunos la sospecha de que los jesuitas habían sido aliados de Bohórquez, pero que bien claro dejó el gobernador en carta que remitiera al provincial de la lealtad de los pp.³⁹.

Terminó la guerra y Bohórquez fue condenado a muerte, siendo su cabeza exhibida en una pirca en Lima en 1667. Mientras que el Padre General de Roma nombró al P. Torreblanca como rector del Colegio de La Rioja. Al volver Mercado y Villacorta a la gobernación del Tucumán quiso acabar definitivamente con los calchaquíes y pidió al provincial de los jesuitas que le enviara dos sacerdotes para acompañarlo y que uno fuese Torreblanca. Pero no se dio lugar al pedido; en tanto el P. Torreblanca luego fue nombrado rector de los Colegios de Salta y Tucumán, para continuar como Maestro de Novicios y rector del Colegio de Santiago del Estero y de Buenos Aires y finalmente en Córdoba fue consultor de provincia, prefecto de espíritu y vicerrector⁴⁰.

Pero hemos de detenernos en un aspecto del P. Torreblanca, quien había heredado unas parcelas de las "cuadras de riego" de Córdoba, que junto con otras y el ancón de donde se sacaba agua para la ciudad del P. Juan Díaz de Ocaña, formaron la Quinta de Santa Ana (PAGE, 2004, p. 641). El P. Torreblanca residía en Córdoba ocupado en diversas funciones. Además de estar redactando su obra inconclusa, debe haber influenciado en los superiores para que aquellos indios calchaquíes desnaturalizados por la guerra fueran llevados a las tierras de su padre. Recordemos su rivalidad con el gobernador y la persistencia demostrada en evitar crueldades inútiles, abogando para que los vencedores no abusaran de la desdichada condición de los veinte mil calchaquíes desnaturalizados (PIOSSEK PREBISCH, 1999, p. 242). Así fue que muchos indios fueron llevados a Córdoba. Da cuenta de ello la Carta Anua de 1667 que envía a Roma el Padre Andrés de Rada, y donde menciona que los Padres del Colegio de Córdoba "*pusieron bautizar muchos indios calchaquíes desterrados acá por fechorías cometidas en su tierra,*

los cuales juntamente con los anteriores de la misma raza, no mencionados en las Anuas anteriores, son por todo, entre grandes y chicos, unas 129 almas, esperando los obreros de esta viña del Señor, que estos neófitos, sujetos al dominio español, quedarán constantes en la fe” (PAGE, 2004, p. 213). Igual labor informa al año siguiente expresando *“Se pudieron bautizar calchaquíes adultos bien preparados, y en diferentes épocas del año otros 50 de la misma nación, entre chicos y grandes”* (PAGE, 2004, p. 218).

A estos calchaquíes se los había ubicado –como dijimos- en las tierras que habían sido de los PP. Díaz de Ocaña y Torreblanca, por acuerdo que celebraron el 25 de noviembre de 1670 los jesuitas con el gobernador don Ángel de Peredo. En el lugar se encontraba la boca de la acequia que llevaba agua a la ciudad, por ello se llamó pueblo de La Toma, donde los calchaquíes debían mantener limpia la acequia. El grupo de indios de La Toma fue encomendado al vecino de La Rioja don Isidro de Villafañe y Guzmán. Estaba liderado por el cacique hualfín don Ramiro que era hijo del memorable don Juan Chelimín, ejecutado antes de la entrada al Valle de Torreblanca y Mulazzano (PAGE, 2007, p. 115).

Los jesuitas no volvieron nunca más al valle a pesar de los ofrecimientos que les hiciera Mercado y Villacorta de regresar, e incluso la Real Cédula que aprobaba la resolución del gobernador del Río de la Plata de impedir a los jesuitas abandonar las reducciones de indios calchaquíes de 27 de noviembre de 1657 (CONTRERAS - CORTÉS, 1971, p. 47). Al pacificarse definitivamente el Valle, la atención espiritual de los pocos aborígenes -ya totalmente encomendados- quedó a cargo de los seculares, y luego los franciscanos.

5. DESDE CHOZAS PARA CAPILLAS HASTA PUEBLOS NUEVOS (CONCLUSIÓN)

Los calchaquíes vivían en una amplia región que contenía dentro a varias poblaciones. Muchas de ellas se encontraban fortificadas y con torreones o pucarás defensivos, pero también había viviendas dispersas en esta extensa región del Valle Calchaquí. Los materiales de construcción dependían de los elementos que les proveía el medio geográfico. Muros de piedra, techos de icho, que era paja mezclada con barro, sostenidos con horcones, incluso hasta con patio central con varias habitaciones. La vivienda conlleva una función religiosa, pues allí o en las cercanías, enterraban a los muertos (a veces más de uno). Al menos de esta manera estaban asentadas estas etnias de las que pocas descripciones de españoles poseemos, debido al estado de guerra generalizada que soportaron desde 1535 a 1660. Estos recintos basados en una arquitectura pétreo compartieron las casas de materiales perecederos o semisubterráneas incluso el adobe fue introducido por los incas (RAFFINO, 1991, pp. 49-71). Madrazo y García son quienes hicieron en los últimos tiempos una clasificación tipológica de las viviendas en base a una

periodización y a su vez en tipos arquitectónicos de acuerdo a sus funciones. De tal forma que proponen una división en cuatro categorías: poblados dispersos, semiconglomerados, conglomerados y aglutinamiento. En cuanto a las residencias las dividen en: unidades simples y compuestas, siendo las últimas segmentadas en cuatro subtipos: recintos intercomunicados, recintos asociados desiguales, casa comunal con patio central y rectángulo perimetral compuesto (RAFFINO, 1991, pp. 51). Pero en Calchaquí también hay un desarrollo de la ingeniería y arquitectura que se amplía a depósitos de granos y andenes, caminos, tipologías arquitectónicas como los corpahuasi u hospederías, talleres textiles y pucarás con troneras.

Pues—como mencionamos antes— los cronistas son muy ligeros en describir sobre todo su hábitat y lo poco que sabemos es gracias a las investigaciones arqueológicas. Pedro Sotelo Narváez escribe en 1583 que los indios del Valle Calchaquí *"tienen maneras de vivir como los del Perú"*, agregando luego que *"hacen fuertes"*, más también *"siembran con acequias de regadío"* (BERBERIÁN, 1987, p. 239). Recordemos que ciudades como Tucumán por entonces tenían 25 vecinos y tres mil indios encomendados.

Las desnaturalizaciones forzadas luego de las continuas guerras y alzamientos generales, los traslados por acuerdos pacíficos como los pulares en la entrada del Valle para proteger a la ciudad de Salta, reubicaciones de pueblos por repartimientos de tierras y encomiendas entre los españoles, hicieron que el Valle cambiara totalmente su ocupación y uso del suelo, como también sus estructuras urbana y rural.

A todo ello, siguió un debilitamiento guerrero-defensivo ante tantas muertes que trajeron las guerras, sumándose los flagelos del hambre y de las pestes. Por tanto a la llegada de los jesuitas, los PP. no encontraron los florecientes indios ligados al incanato, sino pueblos sumidos en una desoladora miseria, pero orgullosos de sí mismos, de su cultura, de su religión, de su pasado de glorias y riquezas, y aún dispuestos a seguir luchando. Pero estaban agotados de pelear por sus tierras y se refugiaron en estos hombres de paz que le aseguraban la vida o al menos la protección contra sus enemigos españoles. La guerra terminó destruyendo definitivamente el Valle. Cuenta Quiroga que después del último gran alzamiento, los indios sobrevivientes fueron repartidos por miles entre todas las ciudades españolas. Fueron reducidos a la esclavitud familias enteras a pesar que la reina se compadeciera y enviara la Real Cédula del 20 de diciembre de 1674 en la que prohibía que se esclavice y se obligue a los indios al servicio personal. Pero nada se cumplió. Hasta los aliados de los españoles, los calalahos, pacciocas y tolombones se les permitió poblar los alrededores de Tucumán, pero no se los dejó jamás volver al Valle Calchaquí, que quedó absolutamente despoblado (QUIROGA, 1992, p. 208).

Por tanto la labor arqueológica es la que más resultados nos ha traído del

hábitat Calchaquí. Innumerables investigaciones que nos remontan al mismo Quiroga, quien expresaba siguiendo a Groussac (1882) que la "ciudad es la de un sector cuyos extremos siguen las dos líneas de entrada de una quebrada inaccesible. En las laderas de las montañas subsisten aún ruinas de parapetos y otras obras de defensa". Estos poblados contaban con acueductos que traían agua, en tanto "las calles concurren al centro de la quebrada, formando radios del sector; admirable disposición de una plaza fuerte como era Quilmes". Mientras que "En la arquitectura se ha encontrado vestigios de bóvedas, y torres en forma de cilindro" (QUIROGA, 1992, p. 77).

Los jesuitas tuvieron que salvar varios problemas para avanzar en una evangelización que, insistimos, no era sólo introducirlos en el mundo católico sino también sacarlos de la pobreza y la esclavitud. La primera dificultad era el idioma, cuya lengua aparentemente tenía diferencias en algunos sectores del valle, aunque fue rápidamente cultivada desde los primeros jesuitas como Barzana y Romero, avanzando Morelli y Sansone. Erradicar sus costumbres nunca pudieron y cada vez que retornaban a sus moradas los encontraban envueltos en eternas borracheras que se sumaban a horrendas guerras intertribales en las que los mismos jesuitas fueron testigos de la crueldades que se estilaban hacer con los enemigos. Pero el mayor problema fue la constante intervención de la avaricia de los españoles que maloqueban la región en busca de oro y plata, aunque sobre todo de mano de obra. De hecho casi todo el valle estaba encomendado, sin respetar las Ordenanzas de Alfaro con castigos que bien hizo levantar la voz del P. Romero en su momento. A las ofensas europeas le seguían las venganzas calchaquíes y tras ellas el repique de las crueldades españolas hasta desembocar en grandes alzamientos con tragedias inevitables. Paralelamente estos hechos calaban profundo en el sentimiento de los indios y era difícil para los jesuitas apartarse de la lógica comparación que hacían los indios entre jesuitas y españoles. Los hijos de Ignacio libraron batallas políticas frente a los gobernantes, como en el caso del P. Morelli que rogaba al gobernador que dejaran de hacer entradas al Valle. También bregaban por el cumplimiento de las Ordenanzas que los indios cristianos no debían pagar tasas ni ser encomendados. Esta queja la comenzó a hacer el P. Diego de Torres en la Audiencia de Charcas, pero después de medio siglo se seguía sin dar cumplimiento.

De tal manera que los jesuitas debieron adaptarse al medio y las circunstancias que éste imponía, y hacer frente a la evangelización con principios preestablecidos. Si bien Barzana entró como capellán, los jesuitas procuraron apartarse de los militares para no ser identificados entre los indios con ellos. Una última entrada de pacificación hizo el P. Torreblanca con el gobernador, pero fue sin duda para frenar una masacre, cristianizando a los indios para que no fueran repartidos entre españoles y desmembradas sus familias. Un bautismo rápido podía salvar una vida.

Hubo un plan de evangelización desde el principio del P. Torres, que contemplaba dos opciones, una era asentar residencia entre los indios y desde allí salir con las misiones volantes a las ciudades de españoles como lo había vivido personalmente en Juri, o a la inversa, salir anualmente desde las ciudades españolas. Pues ese fue el método que finalmente se emplea.

Como lo hacían con otras parcialidades, los jesuitas entraban a una aldea con autorización del gobernador y luego del cacique. Levantaban una gran cruz de madera desde donde se predicaba y oficiaban algunos ministerios. El contacto con el curaca era primordial pues él le abría la puerta hacia el resto de la población. Luego de haber logrado algunos bautismos se realizaba una gran fiesta a la usanza de los aborígenes. Los PP destruían los adoratorios paganos y en su lugar, en las afueras del pueblo, fomentaban que se construyeran capillas.

Un avance importante se dio cuando el obispo Trejo creó dos curatos en el valle con los jesuitas como doctrineros. Así fue que tiempo después se enviaron cuatro sacerdotes para cubrir esta nueva propuesta, que en la experiencia peruana no estaban tan de acuerdo los jesuitas. En esta oportunidad se menciona el grupo que tenía como superior al P. Cristóbal de la Torre, y con él se encontraba el P. Sansone quien había confeccionado un catecismo en lengua cacana que los PP. tomaban de memoria a los indios.

Todo funcionaba más o menos bien hasta que los PP. se iban y al regresar encontraban a los calchaquíes envueltos en terribles borracheras, como lo describen Boroa y Darío. Incluso con las capillas quemadas y vuelta a levantar los mochaderos. Pero los jesuitas volvían a insistir una y otra vez, hasta que en esa misión consiguen se levanten 19 efímeras capillas.

El hecho de no abandonar las idolatrías y costumbres religiosas era porque en realidad se escudaban en los PP. para protegerse de los españoles. De allí que rendían tantas pleitesías a los jesuitas en fastuosas recepciones y fiestas en su honor.

Los recibimientos a los jesuitas merecen especial mención. Pues los indios sabían de las intenciones de estos visitantes que eran muy distintas a otro tipo de visitas que tenían a menudo. Nos referimos obviamente a las malocas españolas. Incluso a la molesta visita de obispos con soldados españoles que irritaban a los indios, abandonando los pueblos por donde pasaban.

La cordialidad con el P. Romero se manifestó en su momento con la apertura de una calle con ramadas que hacían las veces de arcos triunfales. Todos los indios vestidos con sus atuendos de gala salían a recibirlos en medio de cantos y danzas. Esto se va a repetir en todas las entradas. La del P. Morelli también fue imponente y muy similar a la anterior, sumándose la construcción de una choza con ramas para celebrar la misa que levantaron en casi todos los pueblos por donde pasaban. Pero bien aclara singular sacerdote que las hacían en las afueras

de las aldeas, pues al ser lugares de culto se ubicaban allí, como también los mochaderos que desaparecían por un tiempo.

Una fiesta especial fue la celebración entre los calchaquíes de la beatificación de San Ignacio. Fue en el valle de Guachipas, donde estaban los PP. de paso. Luego de los oficios religiosos se jugó a la sortija, al pato, carreras de caballos, donde los mismos PP. premiaban a los ganadores de distintas parcialidades.

Luego de aquella célebre jornada entraron los cuatro PP. que encabezaba el superior Cristóbal de la Torre, llevados de la mano experimentada del P. Morelli. En la oportunidad llegaban los curacas encabezando sus tribus con sus mejores vestimentas y armas que dejaban antes por respeto a los PP. Hasta las mujeres cargaban con presentes alimentarios. Fue cuando en medio de esa fiesta se dio principio a la construcción de una iglesia, donde interviene, no sólo los indios, sino también los jesuitas y los curacas. La conclusión del templo y luego del oficio religioso fue oportunidad para celebrar otra gran fiesta.

En 1643 entran los PP. Torreblanca y Mateo Romero, siendo recibidos por el cacique Utimba. Pero la visita del provincial Juan Pastor, casi una década después, fue la más encomiable. Ya el provincial era un hombre anciano lleno de bondad. Pasaron por el pueblo de Utimba y aún permanecía la capilla, mientras que en otros pueblos del camino levantaron cruces y capillas a su paso. Los indios veían al P. Pastor con sumo respeto, pues no sólo les entregaba regalos, sino también la siempre deseada esperanza de que mediaría con los españoles para que acabaran con las malocas. Llegó primero a Santa María donde en la puerta de la iglesia lo esperaban los caciques principales. Al otro día fue a San Carlos y tuvo otro memorable recibimiento. Pero cercanos a su partida se desató una terrible peste por el valle que trajo hambruna y excusas de los hechiceros para culpar de estos males a los jesuitas. Después entró como salvador don Pedro Bohórquez y todo acabó en tragedia.

Finalmente, analicemos brevemente cómo eran estas capillas temporales que se construían en las afueras de las aldeas y cómo eran las dos iglesias que se levantaron en emplazamientos reduccionales. Sin duda el sistema constructivo de una arquitectura efímera estaba ligada a la cultura aborígen. Pero sus aldeas pertenecían a pueblos sedentarios basados en la agricultura y en la ganadería, donde conocían el metal a través de las propias minas de bronce y la irrigación por canales. Las aldeas seguían un trazado espontáneo signado por la topografía. Se habla de la ubicación de puestos de defensa e incluso murallas, con viviendas de paredes de piedra y techos de paja.

Sin embargo estas rústicas y pequeñas iglesias ni siquiera eran consideradas como tales por el obispo Cortázar quien las rotula como simples ramadas de paja. Incluso donde residían los PP. su iglesia era tan rústica que no tenía puertas y según el obispo tampoco merecía el nombre de iglesia, con una campana colgada

en un árbol.

Recién se funda residencia estable con la llegada del P. Torreblanca con algunos indios que bajan de las montañas para sumarse a este nuevo pueblo cuyo trazado desconocemos, pero que seguramente estaba más relacionado a la aldea calchaquí, que a las Ordenanzas de Población de Felipe II. Pues los PP. no se quedarían tan sólo en este sitio de San Carlos, sino que a partir de allí incursionaban en misiones volantes por todo el valle, cuando no regresaban a las ciudades los españoles por largo tiempo.

El P. Torreblanca regresó tres años después con el P. Mateo Romero y entró por el pueblo del cacique Utimba. Los PP. habían llevado indios de otras partes, más voluntariosos, para que los ayudaran a construir su casa e iglesia, pues los calchaquíes estaban reacios. Fue entonces cuando construyen el templo de San Carlos del Tucumanahao, ya no con troncos, ramas y pajas, sino con adobes, asentándose en el flamante pueblo unas 200 familias. Concluido este núcleo reduccional se funda otro merced a un conflicto, donde el capitán Pedro Nicolás Brizuela tenía capturado y preso en La Rioja al hijo de Utimba. El P. Torreblanca va a interceder por su vida y promete junto con los indios que si lo liberan construirán una nueva reducción. Así es que nace Santa María. Recién por entonces se habla con claridad de estos dos importantes puestos consolidados que llegaron a tener campanas, retablos, imágenes, todo tipo de ornamentos y hasta libros, con una iglesia con puertas y umbrales de madera, cercada a su alrededor con tapia. Y sabemos esto con la triste descripción que el P. Torreblanca hace al verla totalmente destruida por las incitaciones de Bohórquez. Mencionamos la escuela de hijos de caciques; no sabemos cómo eran, aunque posiblemente no se diferenciaba del resto de las viviendas, pero constituía una variante tipológica que se desarrolló en este Valle, donde lo posible se convirtió en una de las mayores tragedias americanas.

NOTAS

¹ Arquitecto y Doctor en Historia, Investigador del CONICET-Argentina. Trabajo financiado por PIP (CONICET) y PID (Ministerio de Ciencia y Tecnología de la provincia de Córdoba, Argentina).

² Este nombre deriva del cacique Juan Calchaquí que dominaba todas estas tierras en las que afirma Lozano se encontraban diversas naciones "*Pulares, Chiquanas, Diaguitas, Calchaquíes, Lutintuos, y Acampis, Paucipas, Quilmes, Tolombones, que todas usaban la lengua Kaká*" (LOZANO, 1750, (I), p. 47).

³ El P. Barzana Nació probablemente en Belichón, Cuenca en 1530. Obtiene el sacerdocio en 1555 e ingresó a la Compañía de Jesús diez años después, obteniendo sus últimos votos en

Lima en 1666. Ingresa al Paraguay en 1585, fecha que se encuentra ya en Santiago del Estero. Muere en el Cusco el último día de 1597 (STORNI, 1980, p. 32 y FURLONG, G., 1968).

⁴ El P. Font nació en Valencia en 1557, ingresó al Instituto en Castilla en 1572. Llegó al Paraguay en 1590 e inmediatamente fue designado superior de la misión de Tucumán. Junto al P. Angulo atraviesan el Chaco rumbo a Concepción. Cuando termina su mandato en 1593 se traslada a Juli donde profesa sus últimos votos, muriendo en Perú en 1614 (STORNI, 1980, p. 104) En 1595 estuvo misionando entre los Chunchos con el P. Nicolás Mastrilli, con quien visitaron a los caciques Veluini y Mangote. De allí fueron a los Pilcozones donde construyeron capilla pero dilataron la formación del pueblo hasta que volvió el P. Font en 1614. El P. Font estuvo presente en la primera congregación de la provincia del Paraguay, realizada en Santiago de Chile entre el 12 y 19 de marzo de 1607, aunque fue devuelto al Perú (PASTELLS, 1912 (I) p. 101-131).

⁵ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms 5.931.

⁶ Barzana fue uno de los grandes políglotas del Instituto. No sólo dominaba algunas lenguas generales como el quechua y aymará, sino que apenas entró al Tucumán aprendió las lenguas Tonicote, Guaraní y Cacana. Más aún, escribió varios catecismos y vocabularios aunque no todos nos han llegado a la actualidad. Cabe mencionar la traducción que hizo en colaboración con los PP. Santiago y Varela, del catecismo del P. Acosta (1532). Al año siguiente publicó un Arte y Vocabulario de la lengua general del Perú, pero también realizó un arte de la lengua Toba, manuscrito que recién se publicó en 1893. Otros se perdieron, como los catecismos en Guaraní, Natija y Quiroquirini, Abipones y Querandíes que da testimonio Furlong de su existencia. Y con la ayuda del P. Añasco compuso vocabularios en Tonocoté, Cacana y Puquina (FURLONG, 1968, p. 70-73).

⁷ son: puquina (araucana), tonocoté, quichya, guaraní y natija mencionadas en nota anterior.

⁸ *Relación que hace el P. Barzana del alzamiento de los Indios Calchaquíes, y de lo que, a gloria de Dios, se ha trabajado en su pacificación: 1589.* (FURLONG, 1968, p.79).

⁹ El P. Monroy nació en Valladolid en 1562, ingresando a la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla en 1584. Llegó al Paraguay en abril de 1593. Sus últimos votos los dio en Santiago de Chile en 1602, lugar donde falleció en 1631. (STORNI, 1980, p.189) En Santiago asistió a la primera congregación del Paraguay, llevada a cabo entre el 12 y 19 de marzo de 1607. También fue a la segunda en Córdoba en febrero de 1614. Misionó entre los Omaguacas con el P. Añasco (PASTELLS, 1912 (I), pp. 131-469).

¹⁰ Los diaguitas se han dividido en unas treinta etnias que convivían en el mismo territorio teniendo como unidad cultural la lengua cacana.

¹¹ El paraje de Taquigasta fue recorrido por Blas de Rosales a instancias de Juan Núñez del Prado, mientras que para 1694 era la encomienda de Francisco Vélez de Alcocer. Angostaco hoy es una pequeña localidad de Salta donde se conserva parcialmente un tambo inca y un fuerte. Por allí pasó a Chile el conquistador Diego de Almagro en 1536, como lo hizo también por la quebrada de Escoipe aquí mencionada. Para el siglo XVIII era un pueblo indígena que dependía de la misión franciscana del Rosario de Calchaquí

¹² Su noticia necrológica en MAEDER, E. J. A., 1990. pp. 35-49.

¹³ Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI), Paraq. II, f.6lv.

¹⁴ Población incaica oriunda del Cusco que en tiempos de los españoles fue trasladada a la entrada del Valle de Calchaquí debido a un acuerdo con los fundadores de Salta y el cacique Calibay, para que éste custodiara la ciudad española. Era un poblado multiétnico de los primeros encomendados a los españoles que pobló el valle de manera discontinua y donde se establecieron nueve poblados: Atapsi, Tacuil, Pagoyasta, Cachi, Escoipe, Luracatao, Chicoana, Sicha y El Charcal. El pueblo de Cachi, también aliado a los españoles, se ubicó en la otra entrada al Valle para también proteger a Salta (QUINTIÁN, 2008, p. 303).

¹⁵ ARSI, Paraq. II, F. 66 a 68v

¹⁶ Antes de entrar a las tierras de los calchaquíes por el valle de Humahuaca se llegaba a Chicoana que era el primer pueblo de pulares, mientras que más al sur se encontraba el de Tucumanahao, nombre que recordaba al pueblo del cacique Tucma que los españoles tomarán para denominar a la ciudad que funda Diego de Villarroel en 1565, que se sumará al cinturón de ciudades que rodearon el peligroso valle Calchaquí (Barco, Londres, Cañete, Córdoba del Calchaquí y otras) (IGLESIAS, 2008, p.36).

¹⁷ ARSI, Paraq. II, f. 85.

¹⁸ La Carta se titula *"El P. Juan Romero pregunta si están en buena conciencia y se pueden absolver los vecinos de Tucumán que no obedecen las Ordenanzas de don Francisco de Alfaro acerca de la reformatión de la tasa de los indios y porque la respuesta se sacará misma de la noticia del echo"*. Firman la misma en Lima el 30 de agosto de 1613 los siguientes jesuitas: Juan Sebastián, Francisco Puello, Francisco de Contreras, Juan de Perlín, Diego de Torres, Juan Romero, Francisco Vazquez, Diego Gonzalez, Francisco Vazquez de la Mota, Juan Pastor, Gaspar de Monroy, Juan de Viana, Juan Bautista Ferrufino, Marcoantonio D'Otaro, José Cataldino, Lope de Mendoza y Mateo Montes (ARSI, Paraq. II, f. 87).

¹⁹ Archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid. Colección Mata Linares. (ARAH). T. II, ff. 110-114. (BRUNO, 1967 (II) pp.447-449).

²⁰ Archivo General de la Nación (Argentina), Sala VII, Leg. 291, pieza 4540, foja 1. y ARAH Colección Mata Linares, T. XI, f.139

²¹ El P. Boroa nació en Trujillo, Cáceres en 1585, ingresando a la provincia de Toledo de la Compañía de Jesús en 1605, haciendo su noviciado bajo la dirección del P. Luis de Palma. Llegó a Buenos Aires en 1610, año que fue ordenado sacerdote por el obispo Trejo y Sanabria en Santiago del Estero. En la reducción de Encarnación obtiene sus últimos votos. Pero antes misionó entre los diaguitas en compañía de Juan Darío y llegó a ser provincial del Paraguay por dos trienios, entre 1634-1640, además de rector de los colegios de Córdoba, Asunción y Buenos Aires, falleciendo en la reducción de San Miguel el 19 de abril de 1657 (PASTELLS, 1912 (I). p. 451 y STORNI, 1980, p. 42).

²² El P. Masero nació en Bustillo del Oro en Zamora el 30 octubre de 1580, ingresando a la

provincia de Castilla en 1603, estudiando en Salamanca y haciendo sus votos en Sevilla. Llegó a Buenos Aire en 1608, ingresando a la provincia del Paraguay. En Santiago del Estero Injustamente debe dimitir contra su voluntad ante falsas acusaciones que después se probaron, quedando como párroco de indios, hasta que el General lo reincorporó nombrándolo misionero de Calchaquíes. Murió a los 73 años de edad en la estancia de Quimilpa en Santiago del Estero el 15 de julio de 1653, en tiempos que quedaban tan solo “una centésima parte” de los indios. (STORNI, 1980, p. 178. MAEDER, 2008, p. 116).

²³ El primer sínodo del Tucumán organizado por el obispo Trejo y Sanabria estableció la creación de curatos y doctrinas. Se establecen dos clases: de españoles y de indios, debiendo un párroco atender hasta 500 almas. Su primera tarea era empadronar a su feligresía.

²⁴ ARSI Paraq. 4. I, f. 52 Catálogo público de la provincia del Paraguay de 1620.

²⁵ El P. Sansone nació en Trani, Bari, Italia el 31 de agosto de 1589, ingresando al Instituto de Nápoles en 1614. Llegó a Buenos Aires con la expedición del P. Viana tres años después. Terminó sus estudios en Córdoba, haciendo sus últimos votos en Tucumán en 1627 y muere en servicio de caridad en La Rioja el 28 de octubre de 1632 (STORNI, 1980, p. 262).

²⁶ Archivo General de Indias (AGI), Audiencia de Charcas, 137.

²⁷ AGI, Audiencia de Charcas, 53.

²⁸ ARSI, Paraq. 4. I f. 89v “Catálogo público del estado temporal y cosas de la Provincial del Paraguay a 13 de enero de 1623”.

²⁹ ARSI, Paraq. II, f. 262.

³⁰ Biblioteca del Colegio del Salvador (BCS). Cartas Anuas 1689-1700, ff. 62v-67v.

³¹ Ibidem, 1658-1660, f. 88v.

³² Ibidem, 1689-1700 ff. 62v-67v.

³³ BCS, Cartas Anuas 1689-1700 ff. 62v-67v.

³⁴ Aclaremos que la firma Vázquez de la Mota porque el provincial Juan Pastor se encontraba visitando su provincia, que lo hizo en dos oportunidades. Cumplió su trienio de provincial entre 1651 y 1654, siendo nombrado luego de haber sido procurador a Europa, sucediendo al P. Juan Bautista Ferrufino. Lo reemplazó el P. visitador Laureano Sobrino que tuvo a cargo la provincia por un año hasta que fue nombrado provincial el P. Francisco Vázquez de la Mota. El biógrafo más antiguo del P. Pastor fue del Techo, *Decades* pp.182-186. Entre otras obras recientes BEGUIRISTÁIN, 1946. pp. 147-155.

³⁵ ARSI, Paraq. 4. I f. 120v.

³⁶ IBIDEM, Paraq. 4. I f. 137v.

³⁷ BCS, Cartas Anuas, 1658-1660, f. 89v.

³⁸ BCS Cartas Anuas, 1658-1660, f. 90.

³⁹ IBIDEM, f.91-91v

⁴⁰ BCS. Cartas Anuas. 1689-1700 ff. 62v-67v.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BEGUIRISTÁIN, J., "El P. Juan Pastor y su inédita historia de la provincia del Paraguay". *Estudios* N° 75, Buenos Aires: Academia del Plata, 1946.

BERBERIÁN, E. *Crónicas del Tucumán SXVI.*, Córdoba: Comechingonia, 1987.

BRUNO SDB, C. *Historia de la Iglesia en la Argentina*. V. 2. Buenos Aires: Editorial Don Bosco, 1967.

CONTRERAS, R. y CORTÉS, C. *Catálogo de la Colección Mata Linares III*, Tomo XXVIII, Madrid: Real Academia de la Historia, 1971.

EGAÑA, A. *Monumenta Peruana*, Vol. IV (1586-1591). Roma: Institutum Historicum SI, 1966.

FORTUNA. *Nueva historia del norte argentino*, Buenos Aires: Ed Teoría, 1966, p. 130.

FURLONG SJ, G. *Antonio Barzana y su carta a Juan Sebastián*, Buenos Aires: Ed. Teoría, 1968.

GOULD, E. G. S. "Conformación de la sociedad americana. La familia Torreblanca", *Boletín del Centro de Estudios Genealógicos de Córdoba*, N° 28, Córdoba, 2000.

GRENÓN SI, P. "Las renunciaciones de bienes de la provincia del Paraguay. Siglo XVII", *Archivum Historicum Societatis Iesu*. N° 24. Roma. 1955.

IGLESIAS, M. T. "El proceso de evangelización en el Valle Calchaquí durante el período colonial". In: BEORCHIA NIGRIS... [et al.]; OSA, J.D.J. (coord.). *Cristianismo e interculturalidad: una aproximación desde el Valle Calchaquí*. Buenos Aires: Religión y Cultura-Miño y Dávila, 2008.

JAIMES FREYTES, R. *El Tucumán del siglo XVII (Bajo el gobierno de Juan Ramírez de Velazco)*. Buenos Aires: Universidad de Tucumán, 1914.

LEONHARDT SI, C. *Documentos para la Historia Argentina, Tomo XIX Iglesia Cartas Anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1927.

LEVILLIER, R. *Nueva Crónica de la conquista del Tucumán*. T. II. Buenos Aires: Ed. Nosotros, 1928.

————— *Papeles eclesiásticos del Tucumán, Documentos originales del Archivo de Indias*, Vol.I, Madrid: Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino, Imprenta de Juan Puerro, 1926.

LOZANO, P. *Historia de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay*, Tomo Primero, Madrid: Imprenta de la viuda de Manuel Fernández, 1755.

MAEDER, E. J. A., *Cartas Anuas de la Provincia 1650-1652 y 1652-1654*, Documentos de Geohistoria